

7

TERRORISMO: POLITICA DEL MIEDO*

J. Nef

J. NEF.

Department of Political Studies. University of Guelph.

* Traducido por Cecilia Alvarado.

UNA ESTRUCTURA DEL TERROR LA ESTRUCTURA DEL TERROR UN TERRORISMO

Para el autor el terrorismo es un fenómeno que ha existido desde siempre, pero que en la actualidad ha adquirido una dimensión política y social que lo convierte en un fenómeno nuevo. El autor analiza la estructura del terrorismo y su relación con el poder y la violencia. El terrorismo es un fenómeno que ha existido desde siempre, pero que en la actualidad ha adquirido una dimensión política y social que lo convierte en un fenómeno nuevo. El autor analiza la estructura del terrorismo y su relación con el poder y la violencia.

BIBLIOGRAFIA

Delgado, Delgado, *América Latina*...
 de América. En *Caracas*, 1962, p. 200-216.
 Rev. Vol. 33, Núm. 3, 1962.
 Marzo de 1962, p. 248-257.

Delgado, Delgado, *América Latina*...
 de América. En *Caracas*, 1962, p. 200-216.
 Rev. Vol. 33, Núm. 3, 1962.
 Marzo de 1962, p. 248-257.

Delgado, Delgado, *América Latina*...
 de América. En *Caracas*, 1962, p. 200-216.
 Rev. Vol. 33, Núm. 3, 1962.
 Marzo de 1962, p. 248-257.

del discurso intelectual se convierte en una militancia subliminal a favor o en contra de determinado grupo.

¿Por qué es esto? Permítasenos indicar una explicación tentativa y simplista de carácter "socio-lingüístico". El término terrorismo acarrea consigo dos significados connotativos. Uno es temor incontrolable y fundamental. El otro es un horrible toque demoníaco, de lo más sucio e inmoral. ¿Es tal vez un reflejo transfigurado del lado más oscuro de la condición humana; un retrato al estilo del de Dorian Grey que nos recuerda la fragilidad de la "razón" y de los peligros inminentes de la "posesión"? Cualquiera que sea la respuesta, normalmente se aborda el tema con un sentimiento inquietante que oscila entre la fascinación sadista y la repulsión.

y la violencia juegan un papel central en la política tanto internacional como doméstica. La tragedia del terrorismo puede ser repugnante y obscena, pero desafortunadamente es demasiado real para desentenderse de ella. El recurrir a fundamentos morales y preceptos absolutos, en vez del análisis sistemático, tiene poco valor científico práctico y —a la larga— aun ético.

Este ensayo explora de una manera sipnótica la naturaleza, las condiciones y las funciones del terrorismo como un fenómeno estructural e histórico. Separando la manifestación política de las manifestaciones puramente psicóticas y criminales del terror², el terrorismo se concibe como una técnica explícitamente política de acción social³. Junto con la "penetración informal"⁴ y las "bioestrategias"⁵, el arma del terror es una de las opciones tácticas del conflicto doméstico e internacional —una forma de guerra subrogante⁶—. Es más, el terrorismo contemporáneo ha llegado a ser un vínculo entre la dimensión nacional y transnacional de la política mundial actual; un vínculo que se describe mejor desde una perspectiva de conglomerado complejo⁷ que como un sistema internacional centrado en Estados-naciones.

El estudio del terrorismo es un campo relativamente nuevo y multifacético. Se relaciona con un número de disciplinas muy diferentes: la ética, la psicología, la sociología, la política, la historia, la teoría de los juegos y los

I

UN TOQUE DEMONIACO

En el idioma de la política, el terrorismo es quizá la retórica más obscena.

A menudo se le considera como pornografía política. Su tratamiento es, por lo tanto, muy sensible y controversial. El término está preñado de conceptos erróneos, de sentimentalismos altamente justificados y de distorsiones ideológicas hechas a propósito. Los politólogos pueden expresar sus ideas, sin mayor asco, en el análisis de un Armageddon global impensable; sin embargo, tan pronto se comienza a discutir sobre el terrorismo, la naturaleza

Entonces, ¿por qué estudiar este tema? La justificación ontológica a mi parecer es triple. Primero —y reconociendo la imposibilidad y la inconveniencia de una "neutralidad ética"—, su tratamiento revela muchas de las limitaciones epistemológicas, normativas y operacionales, presentes en el análisis político convencional. Segundo, más allá de la condenación moral, existe la necesidad urgente de entender y de explicar un fenómeno que es tan apremiante como dramáticamente relevante: nuestra "era terrorista"¹. Tercero, a menos que afrontemos fenómenos de "desviación política", podríamos no reconocer que el conflicto

estudios estratégicos, sólo para enumerar unos pocos. Este ensayo es más ecléctico que original. Combina la perspectiva de análisis de la política comparada y de las organizaciones complejas —principalmente el interés del autor en el rol de la violencia en el orden social— con los escritos de un número de especialistas⁸. Lo que sigue constituye un ensayo o reflexión interpretativa, más que una teoría formal del terrorismo.

II

UN CONCEPTO PREJUDIADO

Se dijo al principio que el terrorismo es obscuro. En general, todos estamos de acuerdo en que es algo "malo". Sin embargo, en los detalles específicos, su definición no es tan fácil como es el condenarlo. A menudo, se le pone una etiqueta fuera de contexto y a priori. Este modo de pensar constituye un sustituto para una muy necesaria interpretación conceptual que vincula comportamientos con motivos y funciones. El "terrorismo" es una "etiqueta pegajosa": una palabra engañosa y cargada de contenido político que invita a la disonancia conceptual e ideológica⁹. Atrocidades han sido llevadas a cabo en forma más o menos sistemática por Estados e insurgentes a través del tiempo¹⁰. Por lo tanto, al hablar de terrorismo, siempre tenemos que enfrentar estándares dobles. La definición de qué —o quién— es moral, justo o bueno depende del lado de la cerca en que está uno parado¹¹. Un terrorista para alguien, puede ser considerado por otro como el defensor de la "libertad"; así la etiqueta de terrorista conlleva una desagradable huella de hipocresía.

A un nivel más analítico, nuestra insuficiencia conceptual para tratar el fenómeno terrorista emana de un prejuicio occidental muy entroncado en el

análisis político: el ignorar el conflicto político como una manifestación normal de la vida social. El consenso y la búsqueda de la estabilidad son una parte integral de la ideología y de la ciencia política occidental¹². Por lo tanto, se tiende a tratar a todas las interacciones conflictivas como casos "desviantes". Sin embargo, el conflicto y la violencia son "anormales" o "excepcionales" sólo en términos puramente utópicos o desde el punto de vista casi fisiológico de la normalidad: la "salud" del cuerpo político. Sin embargo, la normalidad estadística y la "funcional" no se corresponden. Desde una perspectiva global y comparada, la violencia y el conflicto constituyen una norma de conducta política.

Demasiado a menudo tendemos a olvidar el rol que ha jugado la violencia en nuestros propios procesos políticos democráticos, tanto en el pasado como en el presente. Esta predisposición intelectual de hacer caso omiso del conflicto ha impedido la formación de una teoría de la política coherente y unificada en su aspecto más básico: el manejo del conflicto. También ha creado una discontinuidad analítica en los estudios políticos. Mientras damos énfasis al consenso doméstico, fácilmente aceptamos la idea de un Estado de carácter hobbesiano en las relaciones internacionales. Sucintamente expresado: "Mientras indicamos la moralidad de nuestro argumento (por ejemplo, la idea de una "guerra justa") nos enfrascamos en un debate menos emocional sobre *realpolitik*, aun sobre los más dantescos escenarios de horror"¹³. La discontinuidad epistemológica e ideológica aquí mencionada no es puramente académica. Esto puede ser ejemplificado prácticamente por la profunda división en el debate de las Naciones Unidas en 1972 sobre las medidas para prevenir el terrorismo. Mientras que la mayoría de los delegados de los países del Tercer Mundo argumentaron que en la definición del alcance del término terrorismo, actos

brutales llevados a cabo por los Estados, incluyendo a las superpotencias, deberían ser considerados como terrorismo, los delegados de Estados Unidos y de Europa pusieron el énfasis en que sólo los actos de violencia extrema llevados a cabo por actores no estatales deberían ser considerados como actos terroristas. En su criterio aun los actos de violencia más fuertes que se cometen en nombre del "interés nacional" son actos de soberanía y deben ser excluidos¹⁴.

III

UNA DEFINICION TENTATIVA: LA ESTRUCTURA DEL TERROR

Para evitar el entrar en un callejón intelectual sin salida, he buscado la inspiración teórica en un campo aparentemente no relacionado: el comportamiento burocrático. A pesar que el terrorismo por su impredecibilidad, es exactamente lo opuesto a la "burocracia", permanece entre ellos una conexión analítica fundamental: la interacción entre el poder y la incertidumbre. Esta interconexión teórica me ha llevado a explorar el terrorismo de una manera global muy conocida por los estudiantes de las organizaciones complejas: el tipo ideal. Este enfoque es weberiano sólo en su forma de análisis, ya que se fundamenta en una perspec-

tiva de conflicto más al estilo de Crozier. Esta naturaleza conflictiva del modelo se centra en dos supuestos:

1. El conflicto y la violencia —la última definida como un comportamiento que destruye valores y las expectativas de los actores¹⁵—, son parte integral del proceso político. La violencia maximiza la incertidumbre y consecuentemente el poder¹⁶. En la parte medular de cualquier forma de gobierno “la violencia... es uno de los aspectos fundamentales de la soberanía”¹⁷. El terrorismo sólo puede ser entendido como una manifestación de la violencia represiva, insurgente o institucionalizada.

2. La maximización de la incertidumbre a menudo involucra una condición de temor y de ansiedad extrema. La violencia en su máxima expresión está dirigida a producir un poder máximo. Se ha indicado que “la amenaza de la violencia y el uso del temor para forzar, persuadir o ganar la atención del público se dirige a obtener un resultado psicológico: aumentar la probabilidad de obediencia”¹⁸.

El terrorismo en este contexto puede ser definido como el uso premeditado y sistemático de formas de violencia atroces y extremas por insurgentes o por organizaciones políticas gubernamentales¹⁹ para lograr metas políticas. En su sentido más amplio el terrorismo es la política del miedo.

Una caracterización típica ideal del terrorismo involucra un “enfoque reduccionista”, en el que se sintetizan un número de características sobresalientes de situaciones históricas concretas. El patrón construido en esta forma es una abstracción de la vida real, que combina tanto propiedades explicativas como interpretativas.

Las características antes señaladas pueden resumirse sucintamente bajo los siguientes nueve puntos distintivos:

a) Primero, el terrorismo en una forma de *política simbólica*²⁰. Esta implica mayormente la llamada propaganda armada²¹ y manifestaciones públicas²² a través de la disuación o del sometimiento limitado (o táctico)²³.

b) Segundo, el terrorismo es *impredecible* y actúa por sorpresa. Está orientado a crear crisis por la exacerbación de la incertidumbre a través de su comportamiento violento y desorientador.

c) Tercero, el terrorismo es en el lenguaje militar primordialmente “*antivalores*”²⁴. De preferencia golpea las áreas vulnerables, en especial confiados blancos civiles.

d) Cuarto, el terrorismo es *reconocidamente inmoral*. La atrocidad es tanto una condición de lo impredecible como un reflejo de los estándares dobles inherentes a la moralidad política.

e) Quinto, el terrorismo opera como un *jujitsu* político. Trata de crear una reacción más fuerte que podría hacer que el adversario se tropezara en su propio impulso. Es la que Taber ha llamado “*guerra de la pulga*”²⁵.

f) Sexto, el terrorismo ha sido generalmente *efectivo* a través de la historia. Su efectividad, a su vez, sirve para borrar su estigma moral y provee una justificación instrumental para su uso.

g) Séptimo, el terrorismo es *funcionalmente racional*²⁶. Como una “operación de baja intensidad”²⁷ —en el lenguaje de la contrainsurgencia— funciona sobre un principio de economía de fuerza,

sin que se entre a considerar aquí los méritos sustantivos de sus objetivos políticos fundamentales.

h) Octavo, el terrorismo es *indirecto*. El blanco al que se apunta y los que lo sufren son diferentes. El blanco instrumental es usado para atraer la atención y para ejercer coerción sobre una gran audiencia o a un blanco primario²⁸, a través del efecto multiplicador de los medios de comunicación de masas (radio, prensa, televisión).

i) Finalmente, el terrorismo es una forma especializada de *metapoder*²⁹. Deliberadamente altera las reglas del juego normal y reestructura los términos de referencia de todo el proceso del poder³⁰.

IV

UNA PERSPECTIVA HISTORICA

La era del terrorismo de la última década no constituye un fenómeno nuevo. La práctica del terrorismo es tan vieja como la historia. Encontramos ejemplos del terrorismo en los Sicarri de Jerusalén en el primer siglo A. D. y en la secta Persa de los Asesinos (o de los “comedores de haxix” o cannabis sativa) en los siglos XI y XII A. D. Desde entonces, el modelo típico de la organización terrorista ha sido la sociedad secreta fuertemente atada por lazos personales, por juramentos secretos y por el temor. La palabra terrorismo, sin embargo, es de un origen bastante reciente. Al principio significó la matanza de contrarrevolucionarios *auspiciada por el Estado* durante el período de la Revolución Francesa, llamado el Terror (1793-1794)³¹. Más adelante el término fue usado para referirse al método de aquellos que cometieron actos de violencia *en*

contra del Estado. El siglo XIX fue muy prolífico tanto en la teoría como en la práctica del terrorismo. En los escritos de Blanqui, Kropotkin, Bakunin, pero sobre todo los de Most y Nechaev, el terrorismo llegó a ser una doctrina política muy elaborada con un "credo", métodos y técnicas³².

Dos clases de terrorismo se desarrollaron en el siglo XIX: el terrorismo nacional y el nihilismo anárquico, o terrorismo "radical". En un alto grado estos dos tipos son todavía identificables en la actualidad. Una tercera variedad diferente surgió después de la Primera Guerra Mundial, como una consecuencia del nacionalismo frustrado y como una reacción de las clases medias a la propagación de las ideologías revolucionarias. Esta tercera variedad se llamó "vigilantismo" y su expresión más severa fue el terrorismo fascista de la primera posguerra. En este ensayo, sería imposible efectuar un tratamiento de todas las variedades "clásicas" del terrorismo. Deberá recordarse, sin embargo, que el terrorismo jugó un papel importante en la intrincada política del nacionalismo irredentista* y en las luchas de clases que precedieron a la Primera Guerra Mundial. De hecho, aun la Gran Guerra fue iniciada por un incidente terrorista³³. Los nacionalistas de Irlanda y de los Balcanes recurrieron a elaboradas campañas de terror, mientras que los anarquistas rusos, franceses, alemanes y americanos agitaban a la opinión pública con su "propaganda de hechos" para desatar una utopía revolucionaria.

El período entre las dos guerras vio la aparición del terrorismo "fascista" de clase media en respuesta a la "amenaza roja". Este fue un fenómeno mundial. Organizaciones vigilantes

tales como IMRO, en Bulgaria, o los Guardas de Hierro de Antonescu, en Rumanía, el Dragón Negro de Japón, el *Ustashe*, en Croacia, los *Frei Korps* y el *Geheimbündler*, en Alemania, y los *squadristi* de Mussolini impusieron un reino de terror³⁴. Estos grupos iniciaron una táctica innovadora: su propia violencia fue usada como una justificación para asumir el poder en el futuro... precisamente para controlar la violencia. Esta mezcla del terror privado con el estatal demostró ser extremadamente exitosa, abriendo el camino hacia el poder de Hitler y de Mussolini e introduciendo el terror "legalizado" del nuevo orden.

Mientras que el fascismo y el terror blanco se extendían a través de Europa occidental, las purgas de Stalin virtualmente habían hecho del terror rojo una forma de gobierno. Fue una Europa aterrorizada la que experimentó el terror final: la Segunda Guerra Mundial. La mera brutalidad del conflicto ayudada por la nueva tecnología destructiva y la aparición de los movimientos de resistencia expandieron las posibilidades del terrorismo a alturas sin precedentes. La guerra le dio al terrorismo una sólida base política y militar. La era del "attentat" había terminado. En su lugar el nacimiento del fascismo en los años 30, la experiencia de los maquis, de los *chetnicks* y de los *partisani* en la resistencia secreta antifascista proporcionaron un caldo de cultivo para una nueva estirpe de terroristas. La guerra había expandido la tecnología organizacional y de las armas. Sin embargo, y más importante, había traído como consecuencia una nueva "moralidad entumecida", una que tenía como estándares de comparación³⁵ a Hiroshima y al holocausto de los campos de concentración.

El terrorismo anticolonial del período de la segunda posguerra estuvo profundamente influido por las experiencias antes mencionadas. También

fue afectado muy decisivamente por la guerra fría. A pesar de que Irgun y Lehi, en Israel, los Mau-Mau, de Kenya, y la EOKA, de Chipre, ofrecen ejemplos interesantes, la experiencia argelina con el FLN en los años de la década del 50 constituyó la piedra angular en la aplicación del terror con el propósito de afectar fines políticos. Por primera vez el terrorismo indiscriminado y generalizado fue usado exitosamente en una guerra de liberación nacional, la que incluyó también elementos de una revolución social, esta última representada por un movimiento de masas. Desde entonces, Argelia ha llegado a ser el "modelo" para el "uso creativo de la violencia"³⁶.

Mientras que Argelia ejemplifica una de las variantes del terrorismo, el nacionalismo de la posguerra, también han surgido dos tipos adicionales: el terrorismo de la nueva izquierda y el neofascista. De una manera general, el nacionalismo terrorista ha permanecido a través de la historia como el más predominante y maligno de todos. A pesar de que los "tipos puros" son difíciles de hallar en la vida real, los "provos" del IRA, la ETA de los vascos y la ahora desaparecida FLQ de la provincia de Quebec se encuentran entre los ejemplos más conocidos del nacionalismo irredentista contemporáneo. Sin embargo, su expresión más dramática está constituida por el surgimiento de los fedayeen ("mártires") palestinos en los últimos años de la década del 60; sin duda el fenómeno con implicaciones internacionales más amplias. El terrorismo de los fedayeen ha alterado la estructura misma de la política mundial. El "Problema Palestino" ha dejado de ser una situación que concierne únicamente al Medio Oriente para convertirse en un problema global. El terror y el contraterror que conllevan a una escalada adicional hicieron que la OLP se convirtiera en una fuerza reconocida en la política internacional³⁷. Las lecciones de la Irgun, de Israel, y del FLN, de Argelia, se aprendieron demasiado bien.

* Irredentismo: Movimiento nacional para recobrar territorios anteriormente poseídos. Se basa en el principio de la nacionalidad y supone la identificación de la nación con el Estado.

El terrorismo de la nueva izquierda ha sido una mutación bastante reciente del movimiento de protesta estudiantil de los años 60. Vagamente inspirado en las guerrillas urbanas latinoamericanas, éste ha surgido principalmente en Europa occidental y en Norteamérica. El fracaso en las protestas estudiantiles, la frustración creciente con la "política como siempre" y las oleadas masivas de represión oficial durante los últimos años de la década de los 60 (así como en los primeros años de 1970) constituyeron las raíces del *Weather Underground* en Estados Unidos, la *Rote Armee Fraktion* en Alemania y hasta cierto punto las Brigadas Rojas en Italia³⁵. Estos grupos se han desarrollado a partir de organizaciones políticas pequeñas, radicales, sin embargo, relativamente no violentas, que se han convertido en sociedades secretas complejas, comprometidas en una guerra abierta contra el "Estado capitalista". En todos estos casos, la confrontación y la escalada han dado como resultado una radicalización acrecentada de la extrema izquierda. A pesar que las posibilidades que tienen estos movimientos para causar una revolución, son insignificantes, los efectos *indirectos* del terrorismo de izquierda sobre el Estado son bastante alarmantes. El mayor daño que presenta la insurgencia radical no es el terrorismo en sí mismo, sino una reacción excesiva de parte del gobierno. En un sentido, el terrorismo de la nueva izquierda a semejanza del *narodnikniki* del siglo XIX en la Rusia zarista: acepta la tesis que las "condiciones objetivas" para una futura revolución pueden ser creadas³⁹ obligando al Estado burgués a mostrar su "verdadera cara". Al respecto, la supresión legalizada del terrorismo en Italia y en Alemania, aunque efectiva a corto plazo, podría llegar a mostrar que fue peor el remedio que la "enfermedad". Esto es particularmente inquietante a la luz de la experiencia de los años 30 y debido a la creciente polarización e intolerancia política en ambos países. Sirva de

ejemplo el caso de Uruguay⁴⁰. Sólo un Estado policéfalo ofrece "protección" amplia contra el terrorismo por supuesto sólo a costa de transformar el Estado en un superterrorista.

Esta tendencia hacia el "contra-terrorismo" oficial está relacionada muy de cerca con la tercera clase de terrorismo contemporáneo: el neofascismo. Indudablemente como un heredero del "vigilantismo" de los años 20 y 30, el neofascismo ha sido una reacción contra la movilización de las masas, la "tolerancia" liberal y el movimiento de protesta de los últimos años de la década del 60.

A través del mundo —pero especialmente en América Latina— el terrorismo neofascista ha aumentado constantemente. Este ha sido ayudado por la creación de los regímenes de seguridad nacional y por las políticas de contrainsurgencia asociadas con la ayuda militar de Estados Unidos. El área de interacción entre las organizaciones vigilantes y los Estados represivos ha dado origen a una "economía mixta" del terror, ejemplificado por omnipresentes "escuadrones de la muerte". Conforme los Estados democráticos, en forma totalmente comprensiva, tratan de endurecer la legislación y las medidas para hacer frente, según el caso, al terror izquierdista y separatista, es probable que se desarrollen vinculaciones entre los grupos vigilantes y las agencias encargadas de mantener la ley. Esto, a su vez, tiende a acentuar más bien que a disminuir la radicalización política. Tanto en Europa, en los años 20 y 30, como en una gran parte de la América Latina contemporánea, el vigilantismo ha tenido un efecto devastador para las instituciones representativas y democráticas. Esto es algo que desafortunadamente las organizaciones terroristas, radicales y separatistas conocen demasiado bien. La reacción oficial extrema siempre ha sido el principal aliado de aquellos que se oponen al Estado.

Un sistema de terror normalmente involucra una relación diádica de dos actores: "ellos" y "nosotros". La estructura del sistema tenderá a ser esencialmente bipolar. Quien empieza el ciclo del terror es a menudo menos importante que los mecanismos por medio de los cuales el sistema se mantiene y se reproduce. A pesar que los fines del terrorismo pueden no ser necesariamente "lógicos" en el sentido sustantivo⁴¹, los medios para alcanzarlos sí lo son. En términos netos de análisis costo-beneficio, el terrorismo puede resultar "funcional". En términos sustantivos, sin embargo, la racionalidad del terrorismo no queda clara. El terrorismo eminentemente está dirigido a la polarización de toda la sociedad. Este induce a un ciclo de violencia conforme el antiterrorismo nutre a aquello que precisamente trata de suprimir. La lógica de la escalada —un 'combate' en el idioma de la teoría de los juegos⁴²—, tiende a eliminar otras consideraciones. Los actores y sectores cada vez más amplios de la sociedad son absorbidos por el proceso, el que llega a ser resueltamente un juego de suma cero⁴³. La tensión extrema, la polarización política, la sospecha social, la ansiedad y otras manifestaciones de comportamiento anormal llegan a ser reacciones diseminadas y *normales* frente a un medio inestable y peligroso. Los terroristas y el público en general acaban actuando en la misma forma que los soldados, los policías y otros "administradores autorizados de la violencia" cuando son atacados: desarrollan un síndrome de fatiga de combate. Martin Bauman, un exmiembro de la *Rote Armee Fraktion* (o del "Baader-Meinhoff Gang") describe esta clase de alienación progresiva con referencia a los secuestradores y los asesinos de Aldo Moro y de Hans Martin Schleyer: "las personas



que han podido llegar hasta este punto se encuentran en una espiral: están actuando de acuerdo con leyes que desde hace mucho tiempo han perdido su poder de establecer como tales. Se han apartado completamente de su curso original⁴⁴. Las decisiones que se toman para entrar en el reino del terror se hacen en un ambiente totalmente diferente, en un dominio diferente de la racionalidad, de aquel en que son hechos los cálculos, una vez que la lógica de la escalada llega a tomar posesión. Una vez dentro del proceso, éste llega a ser algo similar a una *vendetta*. El peligro y el nivel de la violencia se

incrementan conforme cada uno de los lados clama sus victorias. Las consecuencias externas más amplias derivadas de cada acción llegan a ser cada vez menos relevantes conforme se estrechan los límites de la acción. Sigue entonces un juego absoluto de "gane o pierda". La imagen del compromiso y de la negociación tiende a desaparecer conforme los fines de cada uno de los actores llegan a ser cada vez más estrechamente enfocados en los métodos de la lucha y en la supervivencia diaria.

Cada uno de los lados tiende a

perder de vista los efectos sobre la sociedad de los esfuerzos por derrotar al "enemigo". El espacio social ocupado por "el enemigo" se agranda y se torna fluido y potencialmente de alcance total. Si los que utilizan la fuerza no pueden encontrar terroristas, algunas veces éstos pueden ser inventados: servirá para este propósito cualquiera que se encuentre fuera de los límites definidos por los que utilizan la fuerza. Conforme la lucha de los terroristas llega a ser una de simple supervivencia, las metas ideológicas más amplias llegan a desplazarse por las acciones inmediatas: robos en los bancos, extorsión, el

secuestro "no político" para obtener rescates, la toma de rehenes para canjearlos por sus camaradas en prisión y simples venganzas. La fiera espiral continúa hasta que alguno de los dos lados "gana" o hasta que otros actores importantes se unan a la batalla y ésta entre en una dimensión diferente: aquella de la verdadera guerra de guerrillas, la insurrección de masas, la intervención foránea, la ley marcial o el terrorismo total del régimen de seguridad nacional⁴⁵.

Aunque se logre vencer a los terroristas, siempre permanecen las consecuencias de la escalada. Se cambian las "reglas del juego". Si el entendimiento convencional del poder reside en la influencia sobre la acción de los individuos o grupos dentro de un sistema de interacción existente, los terroristas, por medio de la alteración de aquella estructura, y forzando sus objetivos para que operen dentro del marco terrorista, están ejerciendo una nueva clase de poder más profundo: el control relacional o metapoder⁴⁶. Los afectados se ven forzados a actuar de una manera anticipada y sobre una base inmediata. Las implicaciones a largo plazo de la "máquina infernal" del terrorismo son significativas en la sociedad como un todo. El temor y la desorientación causados por una campaña sistemática de terrorismo crean un clima social y político radicalmente alterado. Estas consecuencias pueden ser especialmente traumáticas en aquellas sociedades con una tradición de respeto a las libertades civiles.

De hecho, es la naturaleza simbólica del terrorismo la que lo hace ser esquivo e ilusorio. En este sentido simbólico, puede llegar a ser parte de la cultura, parte del idioma, del significado y de la mitología de la sociedad. El terrorismo entonces se desarrolla en un mecanismo para la interpretación de la "realidad" y como una moneda corriente en las transacciones políticas. Una vez incorporado en el ámbito de

la "semántica social", el terrorismo es realmente sistémico en su impacto y autosustentado en su reproducción.

VI

PROPAGACION Y CONTROL

La propagación del terrorismo puede ser vista como un proceso acumulativo y dialéctico, por medio del cual nuevos grupos aprenden algo de los otros. El efecto, la demostración, la imitación y el experimento juegan un papel vital en el desarrollo del terrorismo. Este proceso se facilita por las comunicaciones modernas. Estas ayudan a explicar el alcance internacional del terrorismo contemporáneo, el que constituye más un resultado de las comunicaciones globales que de la existencia de objetivos globales por parte de los terroristas. A pesar de la existencia de Carlos y del Ejército Rojo Japonés, y a pesar de la globalización del "teatro de operaciones", los objetivos de la mayoría de las organizaciones terroristas han permanecido bastante nacionales en su alcance. Esto no quiere decir que no existan fuerzas internacionales en operación.

La guerra fría y el empate nuclear han contribuido en alto grado a la propagación del terrorismo. La penetración informal⁴⁷ del campo del adversario por las organizaciones que ayudan a grupos terroristas ha llegado a ser un sustituto muy atractivo para una "inconcebible" confrontación nuclear⁴⁸. Por mucho tiempo las superpotencias por sí mismas, y a través de Estados clientes, se han entregado a este tipo de conflicto indirecto. Todo lo anterior crea dudas sobre la perspectiva *real* para el control internacional del terrorismo.

En parte debido a lo anterior, nuestras propias respuestas al terrorismo son todavía inadecuadas. Eventos

tales como Entebbe, Mogadishu o Essen indican que los países de Occidente tienen individualmente la capacidad militar para enfrentar el terrorismo. Sin embargo, el lado político del control es tan endeble como lo fue en la convención de la Liga de las Naciones, en 1937. Esto es especialmente cierto si nos damos cuenta que una opción militar o policíaca (e. g.: el equipo SWAT o aun las Fuerzas de Despliegue Rápido) lo más que pueden hacer es tratar los síntomas del terrorismo, pero no así sus causas. De hecho, estas tecnologías hasta pueden demostrar ser contrainducentes. Las causas del terrorismo son múltiples y tendrán siempre sus raíces en una combinación de circunstancias *primordialmente políticas*, las que no pueden ser eliminadas por acciones tácticas únicamente, no importa cuán espectaculares. El terrorismo existe en el contexto más amplio de la violencia en el mundo a nuestro alrededor. Como un fenómeno eminentemente político, tanto su prevención como su control requiere una *respuesta política cuidadosamente considerada y eminentemente preventiva*. No existe un "terrorismo" que abarque absolutamente todo, sino muchas clases de terrorismo; por lo tanto, esta respuesta debe de tomar en cuenta la complejidad y la diversidad del terrorismo.

Tampoco el terrorismo opera en un vacío psicocultural. Uno de los factores más alarmantes en la expansión del terrorismo contemporáneo es la aceptación creciente de lo que podría llamarse el culto a la violencia. A pesar de lo dicho anteriormente respecto de la ceguera ideológica para tratar a la violencia como "normal", se le ha glorificado prácticamente en el "machismo" colectivo de la cultura mundial. La violencia ha llegado a ser una virtud operacional tanto para la derecha como para la izquierda, para los Estados-naciones "civilizados" y para los "incivilizados", en nombre del "mundo libre" o en nombre de la

revolución. Esta clase de esquizofrenia ideológica —esta "nueva barbarie"⁴⁹— en nuestra cultura, hace que la opción del terrorismo sea tácticamente conveniente y moralmente aceptable. Los "empresarios de la moral" que tanto hablan de "armonía social"

han exaltado al "contraterror", como un eco tardío de la "guerra para terminar con todas las guerras". Paradójicamente, el tono pseudomoralista del debate sobre el terrorismo ha contribuido a mantener estándares dobles

e hipócritas. De la misma manera en que se han justificado racionalmente las "guerras justas" también hay algunos que pueden justificar el "buen" terrorismo. Para hacerlo, todo lo que necesita es quitarle primero el estigma que lleva su "etiqueta pegadiza".

NOTAS

1. Paul Wilkinson. *Three Questions on Terrorism, Government and Opposition*. Vol. 8. 1973. Pp. 290-312.
2. Cf. Frederick Hacker. *Crusaders, Criminals, Crazy. Terror and Terrorism in our Times*. W. W. Norton and Company. New York. 1976. Pp. 71-99.
3. Cf. Talcott Parsons. *Some Reflections in the Place of Force in the Social Process*. En H. Eckstein (ed.). *Internal War, Problems and Approaches*. Free Press. New York. 1964. Pp. 33-70.
4. Cf. Andrew Scott. *Revolution in Statecraft: Informal Penetration*. Random House. New York. 1965. Pp. 3-29. También Scott et al. *Insurgency*. University of North Carolina Press. Chapel Hill. 1970, presenta un argumento similar respecto de la naturaleza de la insurgencia y de la contrainsurgencia. Una elaboración más amplia sobre las limitaciones de la soberanía territorial y la distinción entre combatientes y civiles se encuentra en Hohn Herz. *International Politics in the Atomic Age*. Columbia University Press. New York. 1963. Pp. 39-48.
5. He acuñado este término con referencia al uso del "arma de la comida". Cf. Central Intelligence Agency, Directorate of Intelligence and Research. *Potential Implications of Trends in World Population, Food Production and Climate*. Mimeo. A. Agosto, 1974. Pp. 1-3.
6. Brian Jenkins. *High Technology and Surrogate War: The Impact of Technology on Low Level Violence*. RAND paper P-5,339. Santa Mónica. 1975.
7. Cf. Mansbach, Lampert and Ferguson. *The Web of World Politics. Non-State Actors in the Global System*. Prentice-Hall. Englewood Cliffs. 1976. Pp. 2-45, 273-279.
8. Cf. Joseph Roucek. *Sociological Elements of a Theory of Terror and Violence*. *American Journal of Economics and Sociology*. Vol. 21, No. 2. Abril, 1962. Pp. 165-172. Paul Wilkinson. *Three Questions on Terrorism, Government and Opposition*. Vol. 8. 1973. Pp. 290-312. Martha Crenshaw Hutchison. *The Concept of Revolutionary Terrorism*. *Journal of Conflict Resolution*. Vol. 16, No. 3. Septiembre, 1962. Pp. 383-394. David Fromkin. *The Strategy of Terrorism*. *Foreign Affairs*. Vol. 53, No. 4. Julio, 1975. Pp. 683-686. Andrew Pierre. *The Politics of International Terrorism*. *Orbis*. Vol. 20. Pp. 1.251-1.259.
9. Thomas Franck and Bert Lockwood. *Preliminary Thoughts Towards an International Convention on Terrorism*. *American Journal of International Law*. Vol. 68. Pp. 69-90. W. Scott Thompson. *Political Violence and the Correlation of Forces*. *Orbis*. Vol. XIX. Pp. 1.270-1.271.
10. J. Bowyer Bell. *Terrorism: A Debate*. En Michael Walzer, Bowyer Bell and Roger Morris. *The New Republic*. Diciembre, 1975. P. 13.
11. Roger Morris. *Ibid*. P. 13.
12. Cf. Donald Cruise O'Brien. *Modernization, Order and the Erosion of a Democratic Ideal: American Political Science 1960-1970*. *Journal of Development Studies*. Julio, 1972. Pp. 351-378.
13. Roucek. *Op. cit.* P. 169.
14. Cf. Franck and Lockwood. *Op. cit.* Pp. 70-72. La delegación sueca fue la única delegación occidental que se opuso a la idea de que sólo el terror no oficial se incluyera en la agenda.
15. Chalmers Johnson. *Revolutionary Change*. Little, Brown & Co. Boston. 1966. Pp. 8-11.
16. Michel Crozier. *The Bureaucratic Phenomenon*. The University of Chicago Press. Chicago. 1969. Pp. 156-162.
17. Roucek. *Op. cit.* P. 166.
18. Fromkin. *Op. cit.* P. 686.
19. Hutchison. *Op. cit.* P. 384.
20. Cf. Murray Edelman. *Politics as Symbolic Action. Mass Arousal and Quiescence*. Markham. Chicago. 1971. Pp. 1-30, 65-115, 142-171.
21. El término la "Propaganda del hecho" fue acuñado por Kropotkin respecto de las acciones contra la represión. Cf. Wilkinson. *Political Terrorism*. John Willy and Sons. New York. 1974. P. 69.
22. Eric Hobsbawn. *Terrorism*. *The Listener*. Junio, 22, 1972. P. 825.
23. Cf. Thomas C. Schelling. *Compellence*. En Marckj E. Smith III and Claude J. Johns, Jr. *American Defense Policy* (second edition). The Johns Hopkins Press. Baltimore. 1968. Pp. 211-222.
24. Cf. Herman Kahn. *Some Possible Sizes and Shapes of Thermonuclear War*. En Smith and Johns. *Op. cit.* Pp. 92-96.
25. Cf. Robert Taber. *The*

War of the Flea. A Study of Guerrilla Warfare Theory and Practice. Syle Stuart. New York. 1965. Pp. 101-137.

26. Karl Mannheim hizo la distinción entre los dos tipos de racionalidad; como se observa en Hacker. *Op. cit.* P. 17.
27. Frank Kiston. **Low Intensity Operations**, citado en John B. Wolf, *Counter Terrorism and Open Societies. Counterforce. The Monthly Newsmagazine on Terrorism.* Diciembre, 1977. Pp. 23-24.
28. Jordan Paust, *Terrorism and the International Law of War.* *Military Law Review.* Primavera, 1971, citado en Robert G. Bell, *The U.S. Response to Terrorism Against International Civil Aviation.* *Orbis.* XIX. Invierno, 1976. P. 1.326.
29. Cf. Baumgartner, Buckley, Burns and Schuster. *Meta-Power and the Structuring of Social Hierar-*
- chies.* En Tom Burns and Walter Buckley. **Power and Control: Social Structures and Their Transformation.** Sage. Beverly Hills. 1976. Pp. 224-225.
30. ———. *Toward a System Theory of Unequal Exchange, Uneven Development and Dependency Relations.* *Kybernetes.* Vol. 5. 1976. P. 18.
31. Walter Laqueur. **Terrorism.** Weidenfeld and Nicolson. London. 1977. P. 6.
32. ———. **The Terrorism Reader. A Historical Anthology.** New American Library. New York. 1978. Pp. 47-118.
33. A. V. Syme. **The Assassins.** Horowitz Publications. London. 1967. Pp. 15-16.
34. Cf. Laqueur. **The Terrorist Reader...** Pp. 125-130, 141-146.
35. Robert Collison. *The New Barbarism. Saturday Night.* Enero - febrero, 1980. P. 15.
36. Cf. Wilkinson. **Political Terrorism.** Pp. 97-104. Se refiere a Frantz Fanon. **The Wretched of the Earth.** Penguin, Harmondsworth. 1967. *pássim.*
37. J. Bowyer Bell. **Transnational Terror.** AEI-The Hoover Institution, Washington and Stanford. 1976. P. 67.
38. Cf. Alessandro Silj. **Never Again Without a Rifle: The Origins of Italian Terrorism.** Karz. New York. Pp. vii-xi.
39. Wilkinson. **Political Terrorism.** Pp. 136-138.
40. Collison. *Op. cit.* P. 15.
41. Hacker. *Op. cit.* P. 17.
42. Cf. Karl Deutsch. **The Analysis of International Relations.** Prentice-Hall, Englewood Cliffs. 1968. Pp. 112-130.
43. *Ibid.*
44. Martin Baumann entrevistado por Peter Neihauer en *Stern* y traducido en *Encounter.* Septiembre, 1978. P. 81.
45. Weil, Comblin and Senese. **The Repressive State: The Brazilian Security Doctrine and Latin America.** LARU Studies C. Toronto, 1976. Document III, No. 2. Pp. 36-63.
46. Baumgartner et al. *Toward a Systems Theory...* P. 18.
47. Scott. *Op. cit.* Pp. 3-5.
48. Wilkinson. *Three Questions...* P. 311.
49. Collison. *Op. cit.* Pp. 13-17.